

Las Mujeres del Alba.

Angeles Magdaleno

Agradecimientos por la invitación.

La primera vez que hablé, por teléfono, con Jesús Vargas Valdez, quedé sorprendida de lo mucho que platicué con un hombre al que jamás había visto. Sin embargo, en cierta forma lo conocía de tiempo atrás, dado que Carlos Montemayor me habló de su amistad con él y por supuesto de su trabajo, y hasta me regaló un libro: La Patria de la Juventud, en el que Jesús narra los acontecimientos de 1968 desde el IPN.

Lo anterior fue una de las características de Carlos Montemayor, su capacidad para vincular a personas que no sólo no se conocían, sino incluso de individuos con diferencias ideológicas y políticas de consideración. Carlos sigue teniendo una gran capacidad de convocatoria – esta reunión lo deja muy claro- y no sólo entre aquellos que tomaron parte en los movimientos sociales que tan rigurosamente explicó y fijó para la historia, sino entre políticos y funcionarios de gobierno. Lo que no es un dato menor. Sobre todo en un país en el que la clase política está vinculada a buena parte de los intelectuales, a los que utiliza para intentar que justifiquen lo injustificable. Mismo que, dicho sea de paso, han demostrado ser tan corruptos, o aún más que sus mecenas. Por supuesto que la autoridad de Carlos deriva, además del hecho de ser un escritor reconocido y respetado, en México y en el extranjero, de su congruencia y de su lejanía con el poder. Ciertamente entrevistó a los poderosos, pero hasta donde sé, jamás lo sedujeron. Personalmente lo que más admiré de él fue su compromiso con las causas que estimó justas no sólo por afinidades de diversa índole, sino por que investigó, en mi opinión, más seriamente que nadie que haya yo leído.

En una de las varias pláticas que sostuvimos me dijo que jamás había trabajado para el gobierno y que vivía de su trabajo y sus conferencias. No fue fácil para mí el primer contacto, dado que me parecía demasiado adusto, demasiado cargado a la izquierda. Sin embargo, debo reconocer que me equivoqué. Sigo detestando la guerra, sea la que fuere, la diferencia estriba en que luego de argumentaciones y contrargumentaciones he matizado mis opiniones e intento, como lo hizo Carlos, buscar explicaciones.

Lo que estaba yo muy lejos de imaginar era cuanto me dolería su ausencia. Me parecía increíble que un hombre con el que tuve tan grandes diferencias, de interpretación, sobre los movimientos guerrilleros, me resultara central en mi afecto y en mi trabajo. Pienso, al igual que amigos y colegas con los que he hablado del tema, que Carlos fue, y es, una figura muy importante para todos aquellos que aspiramos a un país menos brutal, menos injusto. No veo, hoy día, ninguna figura con el peso de Carlos Montemayor. Ignoro si él lo sabía, dado que no se comportaba como la celebridad que si era.

En Las Mujeres del Alba, Carlos trató dos temas que me tocan muy de cerca: la historia regional y el mundo femenino. Hace tiempo que pienso que si la matanza del 2 de octubre de 1968 hubiera tenido lugar en Guerrero, en Sinaloa, o en Jalisco, difícilmente sería considerada “un parteaguas”, por la sencilla razón de que no es lo mismo reprimir movimientos campesinos, obreros o estudiantiles en el interior del país, que en la capital de la república. Es curioso, pero el mítico 2 de octubre, es uno de los pocos movimientos que se inició en la Cd de México.

El asalto al cuartel de Cd. Madera, es un referente obligado para el estudio de nuestra historia contemporánea, como lo es el mismo 2 de octubre. Sin embargo si comparamos los textos dedicados a uno y a otro, el desequilibrio es evidente. Lo que puede tener muchas explicaciones, pero lo que me importa resaltar es que Carlos Montemayor lo regresó a su justa dimensión. Y lo hizo a partir de voces de mujeres que, en gran medida, eran anónimas. Voces y hablas como la de Montserrat, la hija que me parecen: “ como un rumor de avispas o muchos secretos dichos al mismo tiempo”. Como el de Carmen, angustiada por el ruido de la lluvia al caer en las ventanas de su casa, en el pinar, en el establo, porque protegida por un techo, ignoraba el destino de su hijo, o Albertina, decidida a no llorar, mirando a su hijo sin poder tocarlo, sin sacudir su pelo, y quitarle el lodo y la sangre. Secretos como el de Alma, en el que no supe si el dolor superó a la indignación de saber sepultado en la fosa común, sin cajón ni mortaja, a su padre. Junto con Las Mujeres del Alba, escucho el rumor de Irene, madre ante cualquier hijo, huelo las tortillas de harina y la generosidad de Herculana, conocedora de que la comida es un acto de amor, todavía no se si envidio a Lupe, la esposa, que entendió que ese sentimiento es hijo de la libertad. En la medida en que avanzaba en la lectura de Las Mujeres del Alba, dos veces me sentí aliviada de que los rumores de soldados y de extraños no despertaran a Trini el bebé de Montserrat, pero lo imagino con el rostro de mi hijo, acompaño a Estela y pienso en sus hermanos y en los míos.

Es de noche cuando dejo de escuchar a Paquita, aunque su diminutivo Paquetita me guste mucho más, ya no importa si estoy en el D.F., y si ellas están o estuvieron en Chihuahua, porque luego escucharlas las conozco y en ellas me reconozco.

Por ello, querido Carlos, te doy las gracias. Larga vida y Paz en el Paraíso.